

PETER KALDHEIM

EL VIENTO IDIOTA

«Una mezcla ingeniosa y cálida entre
Jack Kerouac y George Orwell»

THE TIMES



PETER KALDHEIM
EL VIENTO IDIOTA

Traducción de Juan Trejo

Titulo original: *Idiot Wind*

© Peter Kaldheim, 2019

Publicado originalmente en inglés por Canongate Books

© por la traducción, Juan Trejo, 2020

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2020

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Extracto de *Cuatro cuartetos*. © T.S. Eliot, 1942. Renovado en 1970 por Esme Valerie Eliot. Editado por Alianza Editorial, 2017. © por la traducción, José Emilio Pacheco.

Extracto de *On the Road*. © Jack Kerouac, 1955, 1957

Extracto de *Night Freight*. © Clyde Rice, 1987

Algunos nombres, fechas, ubicaciones y características han sido modificadas para proteger la privacidad de las personas involucradas.

Primera edición: enero de 2020

ISBN: 978-84-9998-781-1

Depósito legal: B. 26.817-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

La noche en que escapé de la tierra de los gigantes parecía que la ventisca no iba a tardar en hacer del todo intransitables las carreteras. Soplaba un viento huracanado de noreste que batía la nieve hasta convertirla en espuma blanca, lo cual reducía la visibilidad casi a cero. A pesar de las pésimas condiciones atmosféricas, había algo que tenía muy claro: echar a correr era mi única posibilidad de seguir con vida.

Era el lunes posterior a la Super Bowl XXI —26 de enero de 1987— y las páginas de deportes de los periódicos de Nueva York lucían exaltados titulares que celebraban la victoria de los Giants, el equipo de la ciudad, sobre los Denver Broncos; unos titulares que, lo confieso, apenas soy capaz de recordar. Aunque uno de esos titulares, en las páginas del *Post*, sí se me quedó grabado; en cuanto lo leí supe que lo recordaría. Estaba montado en el IRT que desde la calle Chambers, en la parte alta de la ciudad, tenía que llevarme hasta la terminal de autobuses de Port Authority, en el centro, mientras rezaba en silencio con la esperanza de estar a tiempo de montar en algún autobús —el que

fuese— que me sacase de la ciudad antes de que la tormenta de nieve obligase a la compañía Greyhound a suspender por completo el servicio. Cuando el metro se detuvo en la estación de la calle Catorce, uno de los pasajeros se bajó del vagón dejando en el asiento de al lado un ejemplar del *Post*. No tardé en hacerme con él y, de camino a Times Square, lo hojeé hasta llegar a la última página donde dicho titular, formado por tan solo tres palabras, me conmovió de tal manera que no pude evitar estremecerme.

¡TIERRA DE GIGANTES!

Supongo que para la mayoría de los neoyorquinos esas tres palabras no serían más que una hipérbole justificada, pero debido al estado de agitación en el que me encontraba, para mí supusieron algo totalmente diferente. Fueron un oportuno —y doloroso— recordatorio de lo pequeña que era ahora mi vida.

De lo pequeño que era *yo* en ese momento.

Es posible que me estuviese dejando llevar por la paranoia, pero para un hombre en mi situación resultaba difícil no tomar aquellas palabras como una reprimenda cósmica.

Pero ¿cuál era exactamente mi situación? Para empezar, diré que tenía treinta y siete años, que estaba en el paro y arruinado. De hecho, podía ser considerado un indigente. Mi vida se había convertido en algo de lo que no podía presumir. Me limitaba a intentar sobrevivir y no podía culpar a nadie de mi situación más que a mí mismo y a mis cómplices: el alcohol, la cocaína, y una prolongada racha de lo que mi antiguo profesor de filosofía griega habría denominado *akrasia*: una fisura en la fuerza de voluntad que te lleva a actuar justo en contra de lo que dicta el sentido común. Si la filosofía griega no es lo tuyo, te diré que Bob Dylan también habló de ello. Lo denominó «el viento idiota» (*idiot wind*). Así es como yo lo denomino. Durante una

docena de años estuvo soplando en mi vida sin descanso. En ese tiempo, el viento idiota se llevó por delante prácticamente todo lo que me importaba. Mi matrimonio. Mi carrera. El respeto de mis familiares y amigos. Incluso un techo bajo el cual dormir por las noches. Todas estas cosas desaparecieron de mi vida. El viento idiota se las llevó.

En ese momento, camino de Times Square, y por culpa del dinero que le debía a Bobby Bats, también iba a desaparecer de mi vida la ciudad que tanto amaba.

Bobby Battaglia no era un camello al que pudieses fastidiar y salir impune. No le llamaban Bobby Bats (Bobby *el Bate*) por casualidad. En una ocasión le había visto partírle la tibia por tres partes a un tipo porque le habló mal durante un partido de baloncesto en la cancha que hay en la calle Carmine. Por aquel entonces era un sociópata adolescente con un bate de béisbol Louisville que iba por ahí con una pandilla de italianos del West Village. Ahora Bobby Bats era un sociópata de veintinueve años tan musculoso que era incapaz de lanzar un tiro a canasta que, al rebotar contra el tablero, no saliese disparado hasta medio campo. Además, seguía teniendo un buen *swing* con el bate y yo no tenía ninguna intención de descubrir qué sería capaz de hacerle con él a quien le había tomado el pelo quedándose con mil dólares de su cocaína.

El sentido común debería haberme evitado hacer negocios con alguien como Bobby Bats. Sin embargo, el sentido común nunca llegó a desempeñar un papel significativo en mis razonamientos cuando el viento idiota soplaba a mi espalda. No solo eso: estaba convencido de haber trazado un plan «de puta madre». Supuse que el fin de semana de la Super Bowl, habida cuenta de que uno de los equipos finalistas era de Nueva York, era una oportunidad de oro para mí. Los bares de Tribeca —en los que había estado pasando coca desde que acepté que no era capaz de trabajar en algo mínimamente legal— iban a estar aba-

rrotados de seguidores de los Giants durante todo el fin de semana, seguidores que sin duda estarían buscando algo que esnifar; para echarle una mano a su equipo en el camino hacia la victoria, por supuesto. Lo único que tenía que hacer era dejarme caer por allí con la mercancía y el dinero me llovería. Al menos eso era lo que dictaba la teoría en mi cabeza. Y como suele ocurrir con las teorías, no parecía un plan descabellado. Después de todo eran los años ochenta. Estábamos en la gran ciudad, las luces brillaban. Incluso los artistas del barrio, la mayoría de ellos muertos de hambre, se rascarían los bolsillos para conseguir medio gramo en cuanto vieses entrar en el bar a Pete the Hat (Pete *el Sombrero*).

Así pues, un tanto temeroso —aunque no lo suficiente—, me pasé por el West Village el viernes previo al gran partido dispuesto a atender al protocolo establecido por Bobby Bats. Llamé a su apartamento desde una cabina de teléfono que había en la esquina de Carmine con Bedford, junto a la entrada del bloque de apartamentos. Nadie entraba en el edificio de Bobby Bats llamando directamente al interfono. Tenías que telefonar primero para que él pudiese echarte un vistazo desde la ventana de su dormitorio en la segunda planta. Si te hacía una seña para que subieses, picabas una vez al timbre; solo una vez. Te abría la puerta de la calle y te esperaba con el bate en la mano en el rellano de la segunda planta para asegurarse de que venías solo. (Más adelante se decidió por los bates de aluminio. Dijo que estaba cansado de que se le rompiesen los de madera.)

Una vez llegabas al apartamento, Bobby Bats le echaba un vistazo a su reloj. La regla dictaba que no ibas a poder salir de allí hasta pasada media hora. «No soy un puto 7-Eleven —decía—. Vienes, te quedas el tiempo suficiente como para que parezca una visita de cortesía o te olvidas del asunto. Así los vecinos no me tocan las narices.» Hacía todo lo posible para que su negocio pasase desapercibido, eso había que reconocérselo. Nunca lo

veías pasando bolsitas transparentes en el lavabo de un bar, como solía hacer yo. Bobby Bats solo trabajaba con «peso» de verdad, de siete gramos en siete gramos, y solo con clientela selecta. De ese modo reducía al mínimo el tráfico de personas en su apartamento.

Como ya he dicho, conocía a Bobby Bats desde la adolescencia, aunque aun así él nunca me habría aceptado como comprador por el mero hecho de haber jugado juntos al baloncesto en la calle. Alguien, uno de sus conocidos, tenía que avalarte, así que no empezamos a hacer negocios hasta que uno de mis amigos, el dueño de un bar de la calle Hudson, le dio el visto bueno a Bobby una noche a altas horas de la madrugada. Al principio todo era al contado. Pero cuando empezó a sentirse más cómodo haciendo tratos conmigo, de vez en cuando le convencía para que me pasase siete gramos a crédito y me daba dos o tres días para que le llevase el dinero correspondiente. Lo cual nunca habría supuesto un problema si hubiese sido capaz de llevar mi negocio de manera adecuada. Bobby B. me pasaba la coca peruana más pura de la ciudad, una cocaína lo bastante potente como para cortarla con laxante infantil o vitamina B en polvo y aun así dejar plenamente satisfechos a los clientes. Podía comprar siete gramos por quinientos dólares, convertir los siete en catorce y, a cien pavos el gramo, doblar mi inversión sin problemas e incluso quedarme algo para metérmelo yo.

A veces lo acordábamos así y todo iba como la seda. En otras ocasiones, sin embargo, «jodía el paquete», como suele decirse, colocándome con mi suministro y a medida que se acercaba el momento de pagar a Bobby Bats tenía que ir por ahí pidiendo dinero prestado o aceptando «pedidos» de algunos de mis clientes lo bastante ingenuos como para confiarme su dinero por adelantado. En esos casos, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa. Si tenía que tensar la cuerda con algunas personas lo hacía, todo para que Bobby Bats recibiese su dinero a tiempo.

Y lo cierto era que, más allá de algunas llamadas de última hora, nunca había fallado, siempre había cumplido con mi parte del trato. Fue eso, la confianza entre nosotros, lo que me llevó a pedirle que me doblase el crédito durante el fin de semana de la Super Bowl y me pasase catorce gramos en lugar de los siete habituales.

Sabía que no tenía que abordar el tema de manera directa. A su particular modo, Bobby B. tenía más en cuenta que un jeque beduino las sutilezas asociadas a la hospitalidad. Y ese viernes no iba a ser una excepción. Me hizo atravesar el pasillo estrecho de su apartamento, apoyó el bate de aluminio contra el marco de la puerta, señaló con el mentón hacia su sofá tapizado con piel de cebra y me dijo que me pusiese cómodo. Entonces, con toda la pinta de un oso de Alaska metido en una caravana, embutió su considerable tamaño en la diminuta cocina para prepararme una taza de café y un plato de *cannoli* de la panadería Ferraro de Little Italy, a la que cada mañana enviaba a su novia, Gina, para que comprase bollos. (Gina tenía diecinueve años, estaba buenísima y su única ocupación era cumplir con los recados que Bobby le encargaba. No era un mal trabajo. Siempre llevaba botas de cuero y abrigos de piel de conejo. Y podía meterse toda la coca que le viniese en gana.)

Tras preparar el café, Bobby lo trajo al salón y lo dejó sobre el banco de pesas que hacía las veces de mesita. Nos tomamos el café y nos comimos los *cannoli* y pasamos el rato charlando sobre los diferentes equipos de la ciudad. Los Knicks seguían perdidos. Los Rangers tenían posibilidades. Phil Simms iba a tener que hacer un partido de puta madre para batir a los Broncos. Cuando acabamos con el refrigerio y se llevó los platos, Bobby Bats rebuscó en el cajón de la mesa que tenía junto a su sillón y sacó un gran frasco repleto con su reserva personal de coca sin adulterar. Volcó un poco sobre una bandeja de cerámica que tenía a

mano y cortó dos gruesas rayas para los dos. Me pasó la bandeja. Las visitas primero, siempre.

Esnifé dos veces y de inmediato sentí una llamarada recorriéndome la parte posterior del cráneo. «¡Oh, Dios mío!», mascullé al tiempo que reposaba la cabeza en el sillón. Era una mierda de primera. Una mierda como un tren que descarrila. Solo dos rayas y ya estaba fuera de juego. Y debido a eso mis grandes planes para el fin de semana se precipitaron irremediabilmente hacia el desastre. Fui incapaz de verlo en ese momento. Mis ojos apenas veían otra cosa que signos de dólar flotando en el aire.

Me vine arriba con aquel subidón de alcaloides, así que le hice mi propuesta a Bobby Bats y esperé a ver su reacción. Dio la impresión de dudar durante unos segundos, entrecerró los ojos y me dedicó una mirada calculadora, pero acto seguido se encogió de hombros y, tal como había sospechado, dijo: «De acuerdo, hagámoslo. Dame un minuto».

De hecho, fueron más bien cinco minutos los que tardó en salir de su dormitorio, que tenía una ventana que daba a la calle. Di por supuesto que tendría allí algún tipo de caja fuerte, pero solo se trataba de una suposición. Nunca llegué a entrar en esa habitación. Siempre que tenía visita, Bobby cerraba esa puerta. Era otra de las muchas reglas que imperaban en su casa, y era muy escrupuloso a la hora de cumplirlas.

Cuando finalmente Bobby Bats regresó al salón, llevaba consigo una báscula Ohaus profesional de escala triple y un táper lleno de piedras de coca embolsadas. «Toma lo que necesites —me dijo pasándome el recipiente—. Todas las bolsas tienen catorce gramos.» Así trabajaba siempre. Pesaba las dosis antes de embolsarlas, pero te permitía que escogieses la bolsa que más te entraba por los ojos. Después colocaba la báscula a cero y pesaba la bolsa frente a ti, para que no hubiese duda de que el peso era el correcto. Era un signo de respeto; algo propio de italianos, como solían hacerlo en las carnicerías del barrio.

Escogí una bolsita y después del trámite del pesaje utilicé su pequeño molinillo. Pasé los siguientes quince minutos convirtiendo las piedras de mi bolsa en un polvo fino, listo para poder cortarlo a mi gusto. Cortaría la coca más tarde, cuando estuviese de vuelta en Tribeca. Bobby Bats no te permitía que cortases el perico en su casa. Entendía que formaba parte de la cadena de producción, pero le dolía ser testigo de cómo aquella cocaína perfecta era contaminada; no quería tener que pasar por ello. Podía entenderlo. Pero mira, no todo el mundo puede permitirse ser un purista.

Iban a dar las cinco de la tarde cuando acabé de moler la cocaína y tan pronto la embolsé, la metí en mi mochila junto al resto de los artilugios propios de mi oficio. Me levanté para ponerme el abrigo y me dirigí a la puerta. Le di las gracias a Bobby Bats por su «delicadeza» y le prometí que estaría de vuelta el lunes para pasar cuentas.

—No puedes cagarla con esto, Hat. Lo sabes, ¿verdad? —me advirtió Bobby Bats mientras descorría los cerrojos y abría la puerta para dejarme salir. Sabias palabras las suyas. Por desgracia, no fui capaz de interiorizarlas y las siguientes setenta y dos horas se encargaron de poner en evidencia mi ineptitud.

—No te preocupes, Bobby —le aseguré como quien no quiere la cosa. Cruzé la puerta y desaparecí.

Ya había oscurecido cuando salí a la calle. Era una fría noche de invierno y el aire se había llevado el olor a tubo de escape típico de la hora punta. Estaba tan colocado que no fui capaz de entrar en el metro. En lugar de eso, decidí ir al centro a pie con la intención de que el aire fresco me despejara antes de llegar al Racoon Lodge. Me subí la solapa del abrigo y descendí por la Séptima Avenida a buen ritmo. Al llegar a la calle Canal tuve que abrirme paso entre los coches atascados que se dirigían a Jersey, avanzando lentamente hacia la entrada del túnel Holland. En cuanto superé ese obstáculo, el resto del camino fue una sencilla

caminata de diez minutos por la calle Hudson, así que llegué al Racoon Lodge justo al final de la *Happy Hour*.

El Racoon Lodge era, *de facto*, mi base de operaciones. Era un bar alargado y estrecho incrustado en un viejo edificio de seis plantas de ladrillo amarillo en el número 59 de la calle Warren, a unos pocos metros de Broadway Oeste, a la sombra de las desventuradas Torres Gemelas. En aquellos días abundaban los bares de moda pretenciosos debido al resurgimiento del barrio de Tribeca, aunque todavía quedaban un puñado de abrevaderos de la antigua escuela sin ninguna clase de pretensión. El Racoon Lodge era un raro híbrido de ambos estilos. Estaba de moda y, al mismo tiempo, no pretendía aparentar nada; un truco que no he vuelto a ver materializado en ningún otro bar en el que haya alzado mi copa.

El Racoon disponía de uno de los últimos billares en la parte baja de Manhattan que funcionaban con monedas, disponía también de una *jukebox* que era toda una joya, pues conservaba una rara y ecléctica mezcla de tesoros musicales que iban desde el *rockabilly* al *reggae* primigenio, desde viejos éxitos Motown al *blues* del delta del Mississippi. La *jukebox* era ya razón más que suficiente para acudir allí. Pero para mí lo más interesante era la mezcla de clientes que pasaban, un batiburrillo de personajes tan ecléctico como la misma lista de reproducción de la *jukebox*.

¿En qué otro lugar aparte del Racoon podías codearte con comerciantes y trabajadores del acero, secretarias y escultores, camioneros y pintores abstractos, profesores y actores incipientes? ¿O toparte con Keith Richards? ¿O cruzar una miradita con Debra Winger? ¿O saludar a Jay McInerney? Nunca sabías quién traspasaría la puerta o qué dirían cuando empezasen a comerte la oreja, pero difícilmente sería una conversación aburrida. Para una cotorra cocainómana como era yo, no habría podido existir un lugar más adecuado para mis negocios.

Cuando entré en el bar aquella noche el barullo era impre-

sionante, como ocurría siempre los viernes. Treinta o cuarenta bebedores, la mayoría de ellos parroquianos reconocibles; la mayoría de ellos sacudiendo copas vacías en dirección al barman y exigiendo que volviese a llenárselas antes de que acabase la *Happy Hour*. Me abrí paso entre la multitud y me acodé en mi rincón habitual en un extremo de la barra, cerca de la mesa de billar. Todavía estaba congelado debido al paseo por la ciudad, así que pedí un Akvavit doble para entrar en calor y una botella de cerveza Rolling Rock para acompañar. El primer trago bajó tan bien que pedí otro chupito al instante. Me acerqué entonces a la mesa de billar y añadí una moneda de veinticinco centavos a la hilera que ya esperaba sobre el pasamanos. Delante de la mía había otras seis. Estuve esperando un rato hasta que me tocó. No me importaba. Necesitaba algo de tiempo para mis negocios.

No tuve que esperar gran cosa. Uno de mis clientes habituales estaba ya allí, con el taco en la mano, junto a la mesa, observando cómo su oponente jugaba y, cuando pasé a su lado, me dedicó una de esas típicas miradas expectantes justo antes de preguntar, en voz baja:

—¿Llevas algo?

Le dediqué una sonrisita y asentí.

—Dame unos minutos, Dave —le dije—. Ahora vuelvo.

Eso era buena señal. Ni siquiera había tenido tiempo de sacarme el abrigo o abrir la mochila y ya tenía mi primer pedido. Ahora lo único que tenía que hacer era bajar las escaleras hasta el almacén del sótano, cortar la coca y meterla en las bolsitas pequeñas. Entonces pondría en marcha oficialmente el negocio.

La puerta del sótano del Racoon donde guardaban la cerveza lucía un cartelito donde podía leerse: «SOLO EMPLEADOS». No le presté atención. No estaba en nómina del Racoon, pero de vez en cuando echaba una mano de manera no remunerada en las noches más ajetreadas, acarreando cajas de cerveza cuando los camareros tenían que reponer. Mis esfuerzos eran recompensa-

dos con consumiciones gratuitas y —lo que era más importante— acceso libre al almacén siempre que requiera de un poco de privacidad para embolsar la coca. Como regresaba con una caja de cerveza en las manos nadie sospechaba. Era parte del decorado, como las inadvertidas fotos de Jackie Gleason que colgaban de las paredes cubiertas con paneles de madera del bar.

El almacén para la cerveza ocupaba lo que antaño había sido la bodega para el carbón y se extendía bajo la acera frente a la fachada del bar. En la acera, precisamente, había una plancha de metal que cubría el hueco por el que en otros tiempos se descargaba el carbón. Ahora la trampilla se utilizaba para las entregas de los barriles de cerveza. Los conductores de los camiones de cerveza abrían la trampilla y dejaban caer los barriles sobre una pila de viejos neumáticos colocados en el suelo junto a la entrada. Era un sistema muy práctico.

Las moscas de la fruta infestaban el almacén del sótano la mayor parte del año, pero por suerte desaparecían en cuanto llegaba el frío, así que no tenía que preocuparme por posibles manchitas negras en la coca que estaba a punto de cortar aquella noche. Pero cuando dejé las cosas que llevaba en la mochila en lo alto de una pila de cajas de cerveza y dispuse mi material, me di cuenta de que iba a tener que afrontar un problema mucho mayor que las moscas de la fruta. La botella con los polvos para cortar la droga estaba casi vacía.

No me lo podía creer. ¡Menuda mierda! Mi única posibilidad de subsanar el error consistía en volver a salir a la calle y acercarme hasta la tienda de la esquina de Broadway Oeste; allí, al paquistaní con turbante que llevaba el establecimiento le iba de maravilla vendiendo a hurtadillas algo de droga al creciente número de adictos del barrio. Sabía que disponía de potes de vitamina B en polvo, y se los había comprado alguna vez. Recé para que la tienda todavía estuviese abierta, porque de no ser así estaría bien jodido.

Corrí escaleras arriba y Dave se interpuso en mi camino, impaciente por recibir el gramo que me había encargado.

—He tenido un pequeño problema —le dije—. Tengo que salir un momento para conseguir bolsitas. Un poco de paciencia, vuelvo enseguida.

Era mentira, obviamente, pero «cortar» es una de esas palabras que jamás compartes con un cliente.

Me dio un vuelco el corazón cuando volví la esquina de Broadway Oeste y vi que el cierre metálico de la tienda ya estaba bajado. Habían cerrado a las seis. Cuestión de minutos. ¿Qué mierdas podía hacer? Sabía de otra tienda en el Village, pero no tenía garantía alguna de que estuviese abierta para cuando llegase allí. Por otra parte, llevaba un buen pedal gracias al Akvavit y a los persistentes efectos de la muestra gratuita de Bobby Bats. ¿Por qué arruinar el subidón con un inútil desplazamiento al centro? Lo mejor sería quedarme y hacer de tripas corazón. Podría venderle algunos gramos sin cortar a Dave y a algún otro suertudo que pudiese aprovecharse de mi estupidez. Con algo de dinero en el bolsillo podría cerrar el negocio por esa noche y guardarme el resto del cargamento hasta comprar material para cortar la coca cuando abriesen las tiendas. Me iba a resultar algo más complicado de lo previsto conseguir el dinero de Bobby Bats, eso era innegable. Pero con un poco de suerte, podía recuperarme en los días siguientes. Eso me dije.

De vuelta en el Racoon, bajé a la bodega y me dediqué a rellenar las bolsitas de plástico y a pesarlas en la mini báscula que llevaba en la mochila. Cuando acabé, tenía seis bolsitas de medio gramo dispuestas para la venta. Me reservé para uso propio otro medio gramo; lo llevaba guardado en uno de aquellos pequeños frascos de vidrio que todos los cocainómanos llevaban encima por aquel entonces, con una diminuta cucharilla de latón enganchada al tapón de rosca mediante una cadenita. Guardé en la mochila los más de diez gramos que restaban sin dejar de mal-

decirme. Me mortificaba pensar en el dinero que podría haber conseguido esa noche.

Antes de subir las escaleras me metí un par de tiritos del frasco, lo que sin duda mejoró mi estado anímico. Guardé mi mochila en un rincón en sombras del almacén para mantenerla oculta y agarré una caja de botellas de Bud para subirlas al bar.

—Gracias, Pete, me has leído la mente —me dijo Ace cuando dejé la caja en un extremo de la barra—. ¿Qué vas a tomar?

Le pedí otro Akvavit y otra Rolling Rock y mientras esperaba a que Ace me trajese las bebidas, miré a Dave y le hice un gesto para que fuese a los servicios. Pilló el mensaje y asintió. Dos minutos después estábamos en el lavabo y habíamos echado el pestillo de la puerta.

—Te va a encantar esta mierda, Dave —le dije con un doloroso asomo de confianza al tiempo que le pasaba dos bolsitas de medio gramo.

—Ahora lo sabremos, ¿no? —respondió sonriendo por debajo de su poblada barba negra—. ¿Te haces un tirito conmigo?

—No voy a decirte que no —dije yo también con una sonrisa. ¿Cuándo le había dicho yo que no a nadie?

—Lo primero es lo primero —dijo, y sacó cinco billetes de veinte del bolsillo y me los tendió. Estaban enrollados. Debía haberlos estado apretando con su mano sudorosa durante todo el rato que había estado esperándome.

Desenrollé los billetes y los metí en mi cartera mientras Dave abría una de las bolsitas y sacaba un tubito del bolsillo interior de su arrugado traje de Wall Street. Esnifó dos veces con fuerza y pude ver cómo sus ojos se iluminaban cuando me pasó el tubito.

—Me cago en la puta, Hat, ¡no me jodas! Esta mierda es lo más.

—Ya te digo. —Sonreí y me serví un par de tiros.

Tras guardar el tubito y la bolsa de coca en el interior de su

americana, Dave le echó un vistazo a su nariz en el espejo del lavabo y se limpió hasta el más mínimo rastro de polvo blanco. Yo hice lo mismo. Cualquiera que nos viese salir juntos del lavabo imaginaría lo que había pasado allí dentro, pero no era cuestión de ser descuidados.

—¿Estamos bien? —me preguntó Dave.

—Estamos bien —respondí.

—Vale, entonces vamos —dijo descorriendo el pestillo—. Hay unas copas que nos están esperando.

Esperé el habitual minuto de cortesía después de que Dave saliese y me uní a él de nuevo en la barra, donde vi cómo metía discretamente una de las bolsitas de coca en el bolso de su esposa, Andi. Ahora le tocaba a ella empolvarse la nariz. Fue a cumplir con su cometido al baño de señoras mientras Dave pedía una ronda de cervezas.

—Por los Giants —propuso Dave chocando su botella de Bud Light con mi Rolling Rock.

—Por los Giants —repetí.

La fiesta estaba en marcha.

A las siete y media ya había vendido las cuatro bolsitas de medio gramo que llevaba encima. Tenía algo de dinero en el bolsillo pero, lamentablemente, nada de material para los que llegasen después. Lo único que podía hacer para suavizar las malas noticias era ofrecerle a los desafortunados una pequeña muestra de mi reserva personal, pasándoles con discreción mi frasco para que pudiesen ir de visita al lavabo. Supuse que, a la larga, mi generosidad se vería recompensada. Sus amplias sonrisas cuando salían del retrete me convencieron de que al día siguiente volverían a por más.

A medida que la noche avanzaba, el elevado número de invitaciones debería de haberme alarmado. Y así habría sido de haber estado en condiciones de alarmarme. Pero hacía un buen rato que me había metamorfoseado en Don Magnánimo, ajeno

a cualquier detalle que no estuviese directamente relacionado con la primera ley del cocainómano: ¡que siga la fiesta! Cada vez que el frasco regresaba vacío y bajaba a la bodega y volvía a llenarlo.

Todos compartimos aquel estupendo momento.

El resto de la noche pasó en un suspiro y lo siguiente que recuerdo es que los camareros anunciaron que era hora de cerrar. Dave y Andi respondieron al anuncio con amables abucheos. Eran las cuatro de la madrugada y llevaban diez horas en el Racoon Lodge, aunque todavía tenían cuerda para rato. Y yo también. Así que cuando Dave propuso que fuésemos a una fiesta que había en algún otro rincón de la ciudad no tuvieron que llevarme a rastras.

—¿Calle Houston? —sugirió Dave al tiempo que dejaba un billete de veinte sobre la barra a modo de propina.

—A mí me vale —respondí añadiendo otros veinte—. Voy por mis cosas a la bodega.

—Te esperamos fuera —dijo Dave.

No tuvimos que esperar mucho para dar con un taxi. Siempre había montones de taxis recorriendo las calles de Tribeca a la hora que cerraban los bares. Dave detuvo un Checker de color amarillo y nos montamos en él.

—Al cruce de Houston con la calle Mercer —le dijo Dave al taxista.

—¿Vas al *after*? —preguntó el taxista. Todos los taxistas del turno de noche conocían el lugar.

—Sí, señor —respondió Dave.

El *after* de la calle Houston era un club regentado por la mafia en el extremo norte del SoHo, ubicado en un antiguo taller mecánico: un cubo de hormigón de una sola planta, sin ventanas, totalmente anodino. En el exterior no había ningún signo visible que anunciase su presencia, tan solo una pequeña placa metálica en la puerta de acero que daba a la calle Mercer. Solo

para socios. Eso decía la placa. Al igual que ocurría con Bobby Bats, aquel club hacía todo lo posible para pasar desapercibido. Podrías haber pasado por delante un centenar de veces y no tener ni la más remota idea de lo que se cocía allí dentro. A no ser, claro está, que fueras a las cuatro de la madrugada. Porque entonces podías toparte con una larga cola de especímenes nocturnos en la acera, esperando su turno para situarse bajo el foco que había sobre la puerta de entrada y enseñar sus carnés o sus tarjetas de socio al tipo duro con chaqueta de cuero que controlaba el acceso.

Aquel gorila impedía la entrada de cualquiera que se presentase sin un documento que lo acreditase como socio. Si no tenías tarjeta pero acompañabas a alguien que sí la tenía, dicha persona te avalaba y te dejaban subir con ella las escaleras que llevaban al altillo. Allí te encontrabas con la pragmática lesbiana que regentaba el local. Si ella se dignaba a aceptarte como socio y te entregaba una tarjeta, la persona que había posibilitado tu entrada y tú quedaríais vinculados y, en caso de que causasen problemas, no serías el único al que le pedirían cuentas.

Por supuesto, aquello era ilegal, así que tenía todo el sentido del mundo ser cuidadoso con quien dejabas cruzar la puerta. Pero por difícil que fuese entrar en aquel club, desde mi punto de vista lo más difícil era salir de allí una vez que habías entrado. En aquel espacio oscuro que palpitaba al ritmo de un bajo demolidor, el continuo espacio-tiempo dejaba de existir. Entrabas allí a las cuatro de la madrugada para tomar un par de copas, nada más, e invariablemente quedabas atrapado en las arenas movedizas del club hasta que se encendían las luces a las diez de la mañana, los gorilas te sacaban a empujones por la puerta y te encontrabas de nuevo bajo la implacable luz del día.

Uno podría haberse hecho rico vendiendo gafas de sol en aquella esquina cuando el reloj daba las diez de la mañana.

Dave, Andi y yo teníamos tarjetas de socio del club y cuando

la lenta cola finalmente nos depositó frente a la puerta, pudimos pasar sin problemas. «Cuidado con los escalones», nos advirtió el portero. Era su advertencia habitual. Aquellos dos escalones eran famosos por haber provocado más de un tropiezo. La dirección quería que el local estuviese siempre a oscuras, como el fumadero de opio de *McCabe & Mrs. Miller*, la película de Robert Altman. Y los noctámbulos que frecuentaban el club también lo querían así.

Las sombras ofrecían protección. Protección para pasar por alto indiscreciones —tanto sexuales como farmacológicas— que jamás habrías cometido en ningún otro club. Emboscados en aquellos reservados que se extendían por las paredes del local, en los que apenas se veía nada, podías hacerte tantas rayas como te diese la gana sobre las mesas de pino barnizadas. O, si lo preferías, podías dejar que una de las muchas putas que andaban por entre los taburetes, como las moscas de la fruta del almacén de cerveza, te hiciese una paja a cambio de algo de perico. Mientras no montases un escándalo, los gorilas te permitían ir a tu aire.

Había que pagar un precio por toda esa permisividad, obviamente, y lo recordabas cada vez que te acercabas a la barra. Aunque te limitases a pedir cerveza Pabst o simples chupitos, fácilmente podías dejarte cien pavos en cuestión de horas. Bien que lo sabía yo. Había pasado por ello muchas veces en los últimos años. Pero allí estaba yo, dispuesto a hacerlo una vez más, con una billetera llena que tendría que haber conservado para pagarle a Bobby Bats.

No te preocupes, me susurraba el viento idiota. *Ya lo solucionarás mañana.*

El club se estaba llenando con rapidez cuando llegamos, pero todavía quedaban varios reservados libres, así que nos acomodamos en uno de ellos en cuanto pudimos. Dejé mis cosas en uno de los asientos y les dije a Dave y a Andi que no le quitasen el

ojo de encima mientras hacía la primera visita a la barra. Cuando mis ojos se acostumbraron a la falta de luz me fijé en varios rostros conocidos en la pista de baile al fondo del club, donde sonaba a todo volumen *Caribbean Queen* de Billy Ocean. Los barmans y las camareras solían salir de fiesta cuando acababan sus turnos de trabajo. Nunca sabía con quién iba a encontrarme en la calle Houston, pero hacía tantos años que rondaba por el West Village, por el SoHo y por Tribeca que tenía muy claro que, fuese quien fuese, seguramente se tratase de alguien con quien habría compartido copas o unas rayas de cocaína en alguna de mis salidas. Estaba convencido, mientras me encaminaba a la barra, de que esa noche me cruzaría con unos cuantos candidatos a saludarme.

Me alegró ver que tras la barra estaba mi camarera favorita. Gwen era una rubia de rubensiana figura, su fácil sonrisa y su magnífica disposición siempre lograba que el club pareciese un lugar menos sepulcral. Al igual que yo, era de origen noruego, una «cabeza cuadrada», nacida en Bay Ridge, Brooklyn, y habíamos intercambiado chistes malos noruegos desde que empecé a aparecer por la calle Houston, a mediados de los años setenta. Esa noche, sin embargo, el ceño fruncido con el que me recibió al acercarme a la barra me dio a entender que no estaba de humor para chistes.

—Vaya, vaya, mira quién ha decidido dejarse ver finalmente por aquí —dijo con evidente irritación.

Durante unos segundos me quedé paralizado, intentando imaginar a qué podía deberse que me hablase así. Lo recordé de golpe.

«Oh, mierda. ¡Todavía le debo doscientos pavos!»

La última vez que había visto a Gwen andaba buscando dinero para cubrir una deuda con Bobby Bats. Le pedí efectivo con la promesa de que se lo devolvería en una semana. Había pasado más de un mes.

Tenía motivos para estar cabreada.

—Lo sé, lo sé, soy un idiota integral —le dije con auténtica pesadumbre—. Lo siento, Gwen, ¿qué puedo decir?

—¿Y qué tal si me dices: «Gracias por el préstamo, Gwen, aquí tienes tu dinero»?

—Claro que sí —le dije sonriendo como un cordero degollado mientras sacaba la billetera—. Gracias por el préstamo, Gwen. Aquí tienes tu dinero.

—Así está mejor —dijo Gwen sonriendo finalmente—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Contento de que no me guardase rencor, le pedí tres cervezas y tres chupitos de Peppermint y cuando pagué, dejándome llevar por el sentimiento de culpa, le di una propina de veinte dólares más antes de volver al reservado.

—Gracias, Hat —dijo Dave cuando coloqué la bandeja de corcho sobre la mesa—. La siguiente ronda la pago yo.

«Mejor que sea así», me dije. Un único viaje a la barra y mi billetera ya estaba vacía. Iba a tener que hacer alguna clase de movimiento en el club antes de que acabase la noche. No iba a poder evitarlo. Pero antes, una copa.

—¡Por los Giants! —brindamos, y no tardé en dar cuenta de mi chupito.

El «tráfico *freelance*» era una de las escasas actividades no toleradas en el club de la calle Houston. Los italianos tenían a su propia gente moviendo las drogas allí, y a cualquiera que pillasen cazando en su territorio le darían una buena patada en el culo (o algo peor). Sabía que corría un riesgo si intentaba vender algo allí, pero estaba con el agua al cuello en ese momento y dispuesto a jugar mis cartas. Así que cuando Andi arrastró a Dave a la pista de baile, me arrellané en el reservado, con un ojo puesto en los gorilas itinerantes y, con la mochila sobre el asiento, logré llenar tres bolsitas con lo que yo esperaba que no fuese más que un gramo en cada una de ellas. Si me hubiese puesto a

trastear con la báscula me habrían pillado en un suspiro. Lo único que podía hacer, habida cuenta de las circunstancias, era calcular a ojo y rezar para no ser demasiado generoso.

Cuando Dave y Andi regresaron al reservado, me excusé y me dispuse a hacer la ronda. En cuestión de media hora, milagrosamente, logré colocar los tres gramos a algunas de las personas a las que les había echado el ojo camino del bar; y los gorilas ni se lo olieron. De repente, la presión desapareció. De nuevo disponía de dinero para gastar. Y antes de ponerle fin a la noche gasté hasta el último centavo.

Como era previsible, la fiesta prosiguió hasta que encendieron las luces del local a las diez de la mañana y nos echaron a las calles del SoHo como si fuésemos cucarachas asustadas. A esas alturas, los tres estábamos hambrientos, así que montamos en un taxi de vuelta a Tribeca que nos dejó en la puerta de un restaurante griego en la calle Hudson, donde no tardamos en engullir tres copiosos desayunos. Seis mil grasientas calorías después, nuestros destinos se separaron por fin. Dave y Andi volvieron a parar un taxi y se fueron a su apartamento con vistas al puerto en uno de los altos edificios que flanqueaban el World Financial Center. Yo eché a andar por la calle Hudson con la intención de pasarme por la tienda del paquistaní. Eran más de las once de la mañana, así que ya habría abierto el negocio y estaría encantado de venderme un bote exageradamente caro de vitamina B en polvo.

Una vez fuera de la tienda, metí el bote para cortar la cocaína en mi mochila y me dirigí hacia la calle Chambers, al hotel Bond, una pensión de mala muerte en la que los pasillos apestaban a insecticida y a higiene descuidada y los grifos de los lavabos, cuando los abrías, soltaban durante unos minutos un agua rojiza. Al igual que los indigentes que lo frecuentaban, el hotel Bond había visto tiempos mejores. Porque no siempre había sido una pensión de mala muerte. A mediados del siglo XIX,

cuando se construyó el hotel, se llamaba Cosmopolitan y atendía a una refinada clientela. A finales de la década de 1930, el edificio sufrió un incendio provocado. El inmueble al completo fue reformado y lo renombraron: hotel Bond, pero nunca llegó a recuperar su antigua gloria. A mediados de los ochenta era un lugar tan deprimente como un antro cualquiera del Bowery.

El Bond, sin embargo, todavía ofrecía tres cosas que me resultaban atractivas. La primera, estaba cerca del Racoon Lodge. La segunda, sus tarifas eran las más baratas que podías encontrar en todo Manhattan. Y la tercera, aunque no por ello la menos importante, sus habitaciones tenían puertas sólidas y cerraduras resistentes, que es algo a tener en cuenta cuando quieres procesar drogas ilegales. Todo ello lo convertía en mi pensión de mala muerte de confianza; cuando podía costearme una habitación.

Difícilmente habría dicho de mí mismo que era uno de los clientes habituales del hotel, aunque había estado allí lo bastante como para que el encargado reconociese mi cara, lo que me ayudó a convencerle de que me permitiese quedarme en una habitación varias horas por veinte dólares antes del *check in* habitual. Le di las gracias.

Llevaba despierto más de veinticuatro horas. Cuanto antes pudiese meterme en la cama, mejor.

Es posible que pienses que después de haber estado esnifando coca durante dieciséis horas seguidas me resultaría difícil dormirme. En absoluto. A pesar de todos los compuestos químicos que recorrían mi flujo sanguíneo, en cuanto me quedé en calzoncillos y me dejé caer en aquella cama maltrecha, me quedé KO. Y así permanecí durante las siguientes cinco horas, hasta que mi vejiga me despertó y me vi obligado a salir de la cama.

Me puse los pantalones gruñendo y me apresuré a salir al rellano para ir al lavabo. En hoteles como el Bond las habitaciones no disponen más que de un lavamanos y un espejo borroso.

El lavabo siempre está «al final del pasillo». Lo que en ocasiones provoca cierto tráfico apresurado en los pasillos, como cabe imaginar. (Y probablemente más meadas en los lavamanos de las habitaciones de las que los gerentes del hotel estarían dispuestos a admitir.)

De vuelta en mi habitación, la vista a través de mi mugrienta ventana me permitió comprobar que el sol se estaba ocultando al otro lado del Hudson y que el anochecer iba abriéndose paso entre las calles de Tribeca. Supuse que debían de ser las cinco y media. La *Happy Hour* ya había empezado. Era el momento de ponerse manos a la obra y preparar el producto para la noche.

Encendí la luz para ver bien y me armé de valor antes de abrir la mochila para comprobar cuánta de la coca de Bobby Bats había sobrevivido a mis aventuras nocturnas. Una cosa tenía clara: iba a ser menos de la que esperaba. Aun así, a pesar de mis bajas expectativas, me quedé de piedra cuando pesé la coca y vi que apenas quedaban cinco gramos de los catorce que me había pasado Bobby Bats hacía tan solo veinticuatro horas.

¿Y qué beneficio económico conservaba de todos mis trapi-cheos? Doce miserables dólares. Eso era lo único que quedaba en mi billetera después de haber pagado veinte por la habitación. Incluso para mis bajos estándares estaba bien jodido. «¿Y ahora qué hago?», me repetí una y otra vez. Me senté en el borde de la cama e intenté hacerme una idea de las dimensiones del desastre.

Disponía de coca suficiente para cubrir mi deuda con Bobby Bats, si sabía sacarles partido a los cinco gramos y los cortaba y no perdía nada y los convertía en diez gramos y los vendía sin echar mano de mi propia reserva. Una situación bastante inverosímil, sin duda, aunque todavía dentro de los límites de lo posible.

«Claro que sí, vamos allá, lo conseguirás», me dijo el optimista que habitaba en mi interior.

Pero el realista que también habitaba en mí no las tenía todas consigo. «¿A quién quieres engañar? No va a ir así la cosa.»

El realista demostró tener razón al sacar la cucharilla para la coca y servirse dos generosos tiros de mi menguante reserva particular.

Cuando el subidón empezó a aclararme la resaca y mi mente empezó a centrarse, de repente, con una claridad cercana a la clarividencia, entendí que mi vida estaba a punto de dar un giro radical para adentrarse en un territorio desconocido. Cuando llegase el lunes tendría que irme de Nueva York. Así de sencillo. Una perspectiva aterradora, aunque a decir verdad la acepté con alivio más que con resignación.

¿Cuántos años hacía que deseaba escapar del basurero en que se había convertido mi vida en Nueva York?

No habría sido capaz de contarlos.

¿Y cuántas veces había fracasado a la hora de reunir la fuerza de voluntad necesaria para llevar a cabo los cambios que me habrían liberado?

Lo mismo.

Ahora que el viento idiota soplaba a mi espalda finalmente iba a ser capaz de encontrar la puerta de salida. Una salida lamentable, a decir verdad, pero me vi obligado a darla por buena. La clave radicaba en conseguir dinero suficiente durante los dos días siguientes para poder financiar mi huida. Confiaba en ser capaz de lograrlo... si no repetía la actuación de las últimas noches. Así pues, sumido en la maravillosa ignorancia de cómo iban a transcurrir los acontecimientos durante las dos próximas noches, saqué todo mi instrumental y me mantuve ocupado cortando y embolsando lo que quedaba de la mercancía; lo cual no resultó sencillo porque siempre me tiemblan las manos cuando me excedo en mis salidas nocturnas. Imagínate a un tipo con párkinson intentando hacer origami y te harás una idea aproximada de mis pintas sentado en la cama cerrando y doblando

aquellas bolsitas de plástico. Diez bolsitas fui capaz de completar antes de que me pudiese la frustración y lo dejase correr. Pero diez eran suficientes para empezar.

En ese momento, todavía disponía de cinco gramos en mi bolsa con los que trabajar cuando vendiese las diez primeras dosis; una reserva particular que de inmediato empecé a hacer menguar haciéndome dos rayas a modo de celebración por el trabajo bien hecho.

Para cuando acabé había pillado ya un buen pelotazo. Guardé mis cosas y después de asearme en el pequeño lavamanos, al estilo de las putas, me vestí, comprobé en el espejo borroso que mi sombrero fedora Bogart quedaba en el ángulo adecuado y, satisfecho y dispuesto a encarar la noche, salí de allí en busca de clientes.

Estaban dando las siete cuando llegué al Racoon; todavía no había mucha gente. Gary y Ace, los propietarios principales del Racoon, estaban al otro lado de la barra esa noche, algo que solían hacer los fines de semana. Los saludé y pedí un ron con Coca-Cola. Me acerqué a la *jukebox*, introduje una moneda, y seleccioné una rareza de Leon Russell de 1972 titulada *I'm Slipping into Christmas, I'm Sliding into New Year's Eve*. Era un disco que Ace solía meter en la máquina cuando las vacaciones estaban por acabar. Es el lamento profundamente triste de un fracasado y a mí siempre me había parecido la banda sonora perfecta para abrirse las venas debajo del muérdago durante las Navidades. La primera vez que la escuché me encantó: por aquel entonces no me costaba identificarme con los lloriqueos de los fracasados. No sabía cuándo iba a poder volver a oírla, así que aproveché la oportunidad para hacerla sonar una última vez.

Teniendo en cuenta cómo transcurrió la noche, la deprimente melodía de Leon Russell se convirtió en una elección clarividente. Para cuando salí del *after* de la calle Houston a la mañana siguiente —por segunda vez consecutiva— era el mayor

fracasado del mundo y tenía un montón de razones por las que lloriquear. Había vuelto a pasarme la noche invitando a tiros gratis como si se tratase de alguna clase de inversión; aunque en esta ocasión desplegué mi generosidad por un territorio más amplio pues estuve rondando por todos los bares del circuito de Tribeca. Puffy's. Whitey's Tavern. The North River Bar. The Ear Inn. En todos ellos hice muchos amigos, pero gané más bien poco.

Eso no quiere decir que no vendiese algo durante ese viaje. Seis de los diez paquetes que había preparado en el Bond se convirtieron en dinero contante y sonante. Pero cuando salí del *after*, los trescientos dólares que había conseguido se habían reducido a la mitad sin saber cómo; lo cual me habría deprimido mucho si no hubiese alcanzado a esas alturas un estado en el que todo me importaba una mierda. Estaba absolutamente agotado de aquella rutina y dispuesto a dejarlo todo atrás. Ya no me importaba irme de la ciudad sin un centavo en los bolsillos.

Aun así, mis perspectivas no eran del todo desoladoras. Podía mover unos pocos gramos más durante el gran partido del domingo por la noche. O como mínimo eso fue lo que me dije mientras daba con la postura en la cama del hotel Bond. Dormiría unas pocas horas antes de que empezase la fiesta previa al partido que uno de mis clientes iba a montar en su *loft* de la calle Church. Mi intención era largarme de la ciudad con algo de dinero, pero de todos modos me dejé otros veinte dólares en el mostrador del hotel esa misma mañana. De no haberlo hecho tendría que haber esperado hasta el mediodía para reservar la habitación, y necesitaba dormir como si fuese a jugar la Super Bowl.

La fiesta en el *loft* de Ari y Mandy estaba a tope cuando aparecí por allí. Ari era el propietario de una de las tiendas de electrónica más grandes de la calle Church. Su esposa, Mandy, se encargaba de la contabilidad y hacía también sus pinitos como

fotógrafa. De las paredes lisas y blancas del *loft* colgaban sus fotografías en blanco y negro, la mayoría de ellas abstractas, primerísimos planos de antiguos ornamentos arquitectónicos de los edificios del vecindario.

Por aquel cavernoso espacio pululaban docenas de conocidos con copas de Bloody Mary en las manos y gritando para sobreponerse al volumen de la música que salía del equipo de música Bang & Olufsen de Ari. Sonaba *Can't Find My Way Home* de los Blind Faith.

La colección de vinilos de los años sesenta y setenta de Ari era una absoluta maravilla. Disponía de una estantería de seis metros de largo, que cubría toda la pared norte del estudio, repleta de discos ordenados de manera impecable por orden alfabético. Ari y yo teníamos la misma edad y gustos musicales parecidos, así que cuando acudía a sus fiestas le hacía alguna petición musical de vez en cuando; no podía recordar una sola vez en la que alguna de mis peticiones hubiese quedado sin atender.

—Eh, Pete, qué bien que hayas podido venir —me saludó Ari mientras me aproximaba a la mesa de los Bloody Mary.

—Qué pasa, Ari —le dije tendiéndole la mano—. Gracias por invitarme. Me temo que mi vestimenta es un poco inapropiada.

Allí donde posases la vista topabas con una sudadera o una gorra de los Giants. Yo llevaba puesto mi sombrero fedora de ala ancha color gris y la misma chaqueta de *tweed* y el mismo jersey negro de cuello alto que había lucido durante todo el fin de semana.

Ari sonrió.

—Mientras no lleves nada del color naranja de los Broncos no tienes de qué preocuparte.

«Menos mal, porque no lo había tenido en cuenta», me dije. Tenía un montón de preocupaciones, pero la fiesta de Ari no era el lugar adecuado para airearlas.